

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.—Ap. 547.—Teléfono 1843

SUMARIO**UN PEQUEÑO REPORTER**

Sección vermouth.

FELIX RECIO

Unas memorias escandalosas.

JOSÉ CASARES

El papel de...

FERNANDO AMADO

La providencia es sabia.

JOSÉ MOREIRA

La apuesta.

EL DOCTOR BOMBARDA

Las ligas.

TOVAR**Y DEMETRIO**

Varios dibujos y retrato de

Lucrecia Morales «Haydeê».

**5 cénts.****LUCRECIA MORALES "HAYDEÊ,"**

Gracia, hermosura, distinción... De todo tiene esta mujer.

Biblioteca Regional de Madrid



ESTÁ visto que aquí para disfrutar de los alicientes de la vida, hay que ser una de estas dos cosas: completista ó torero, según los sexos, naturalmente.

Las primeras disfrutan del aura del aplauso, de la admiración de los públicos que la erigen en sus diosas, y aunque en la intimidad arrastren vida de dolor, que se darán casos, exteriormente aparecen satisfechas y felices entre las deslumbrantes lentejuelas de sus atrayentes trajes y las vaporosas gasas con que sugestivamente hacen como que cubren los carnales encantos.

(¡¡Uff! qué tufillo á cursi echa este parrafito.)

Al torero le pasa algo también de la completista. Al fin, también se adorna con

lentejuelas y como ella luce las pantorri-llas ante el respetable público. Además, hay muchas cancionistas y danzarinas, que toreadn admirablemente y no pocos toreros que bailan, infinitamente más que una danzarina.

Frente á la fama que disfrutan y la idolatría que despiertan la Fornarina, Pastora Imperio, la Bella Montalvito, Paquita Escribano y demás estrellas de varietés, está la fama y la idolatría por Bombita, Machaquito, Vicente Pastor y los Gallos...

Ahora, ha surgido un nuevo ídolo, que va á ser causa de que pierdan la cabeza, si ya no la han perdido, infinidad de señores graves y sesudos, que en la vida ordinaria son incapaces de alterarse por nada.

Habrán ustedes sospechado que me re-

fiero á Belmonte. Tres cuartas partes de los españoles están totalmente belmontados, y desde que se levantan hasta que se acuestan, sólo piensan en su fenómeno.

Yo conozco varios casos de lamentable chaladura belmontista en personas que parecían perfectamente normales y equilibradas.

—¡Eso es un torero!— exclaman enardecidos y convulsos. — ¡Ustedes se han fijado cómo em-

GALANTERÍA RECHAZADA



Rigoberto.—¿Quiere usted que se la saque?

El señor Ufrasio.—Sáquecela, usté á su señor padre, que tendrá más prisa.

ORGULLO DE MAESTRO



El tonto.—¡Bravo, trabajas tan bien como yo! En este momento me veo reflejado en ti, como en un espejo.

papa? ¡Cómo junta las piernas! ¡Cómo se pega al costillar! ¡Con qué fatigas se mete entre los pitones! ¡Si dan ganas de comérselo á besos!!

Y cuando oye una estas y otras frases por el estilo, llega hasta dudar si quien tiene delante es un señor con barbas y manifestaciones propias de su sexo, ó una jamona histérica, de esas que lanzan miradas incendiarias hasta á un desnarigado rey de piedra de los que circundan la Plaza de Oriente.

Una tan hermosa como popular artista de las antes citadas, decía recientemente: «los públicos se han invertido, las mujeres nos aplauden y los hombres nos protestan». ¡Y esto no deja de ser una verdad!

De algún tiempo á esta parte, se observa que en los teatros donde se cultiva el género ínfimo, señoritos al parecer pujantes de juveniles impulsos, cuando ven aparecer en el escenario una figura exuberante de belleza femenina, lejos de sentirse entusiasmados, ó por lo menos complacidos ante la contemplación estética, ladran,

muguen y patean, como si tuviesen delante un cabo de consumos con el pincho preparado, y en cambio, esos mismos individuos los vemos ir á vestir y á desnudar al ídolo taurino de sus ensueños, y cuando le ven en la Plaza moviendo al compás del pasacalle su escandaloso solomillo, exclaman boquiabiertos:

—¡Olé lo flamenco! ¡Ahí hay tipo! ¡Vaya una figura de porcelana! y otros desahogos semejantes.

Viceversa. Se anuncia una función extraordinaria en que toman parte artistas de varietés... y la mayor parte del público son señoras, que desde el comienzo al final del espectáculo no apartan sus gemelos de las bellezas que desfilan por la escena. Si os acercáis á oír sus conversaciones las oiréis decir: «Mira qué escote tan bonito tiene la



—¿Con qué maestro estás?

—Con Tragó y tú?

—Yo estoy con Larregla.

Goya; fijate qué pantorrilla tan correcta tiene la Lulú; observa qué ojos tan picarescos los de la Argentinita; qué espléndida hermosura la de la Montalvito...»

Nada, que está en lo cierto la mencionada canzonetista. Se han invertido los públicos.

Ahora, para muchos hombres, ya no hay más que el fenómeno:

«¡Cómo se ciñe! ¡cómo se estrecha! ¡cómo se mete entre los pitones! ¡Cómo junta las piernas!»

Un pequeño reporter

Unas memorias En mi vida de aventurero, las :: escandalosas

hay de todas clases. Yo sé lo que es estar sin comer, por no tener qué, tres días seguidos, con sus correspondientes noches; yo sé lo que es vivir dueño y señor de un palacio, pleno de refinamientos y sibaritismos; yo he pasado por el amargo trance de ver huir á mi propia mujer con un ami-

en París, para seguirla á diario y llevarla en su coche.

Cada vez que le utilizaba dábale nuestra compatriota un franco de propina. Una tarde, equivocadamente, le dió un luis en vez del franco consabido. Ella no creyó digno de su rango cambiar la moneda.

A los cinco ó seis días la gentil *divette* recibió un cofrecillo de oro con incrustaciones de diamantes, en el cual se hallaban todos los francos de propina, incluso el consabido luis, que había dado al fingido cochero.

Fué una manera de entrar en relaciones.

Por este orden refiere con todo desenfado, un desenfado demasiado fuerte, ya lo digo, un sinnúmero de aventuras galantes. Entre ellas las hay que ponen los pelos de punta. Véase la clase:

Dos norteamericanos millonarios, como es natural, se disputaban los favores deliciosísimos de mi amiguita; para dirimir la contienda acordaron elevar ésta á la categoría de un duelo á muerte.

Ambos rivales debían desafiarse á pistola con la condición

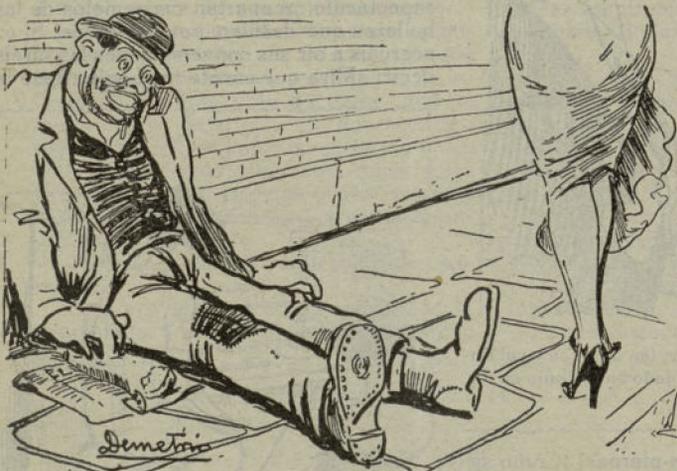
precisa de que había de ser en la habitación de un hotel, cerrada la puerta por dentro y á obscuras completamente.

Los disparos eran á discreción, y para hacer puntería, cada uno de los combatientes debía estar fumando un cigarrillo, de modo que la lumbre fuese el punto luminoso que á cada cual sirviera de blanco. Llegó el momento convenido y ambos yanquis alquilaron la habitación de un hotel, encerrándose en ella, apagaron las luces (era de noche) y, con su Smith correspondiente, encendieron el pitillo.

El instante de apagar ambos la cerilla y hacerse la obscuridad en la habitación, que era amplísima y contenía dos camas, servía de señal convenida para empezar los disparos *ad libitum*.

Pero ambos rivales tardaron en romper el fuego; seguramente cada cual esperaba

COMIDA FRUGAL



—¡Vaya, ya sé qué postre voy á tener hoy!

go; yo, sé bien lo que hay que correr cuando uno se escapa con la mujer ajena... Así, pues, ya no me extraña nada.

Viene todo esto á cuento del libro de memorias que una gentil artista española, que vive en el extranjero, y que no es, precisamente, mi amiga Consuelo Fornarina, me leyó en galeradas la otra noche, mientras solos y confidenciales, tomábamos café.

A mí, como acabo de decir, ya no me asusta nada; pero... ¡caramba! A mi amiga se le ha ido la pluma, y dice en su libro, que va á publicarse de un día á otro, muchas intimidades que no pueden decirse ciertamente.

Citando nombres y apellidos, algunos españoles y de senadores para arriba, comienza diciendo que volvió loco á un príncipe ruso, el cual se disfrazó de cochero



—He visto en el Circo al hombre que crece, y es una lástima que trabaje vestido, porque así no se ve si crece todo él proporcionalmente.

el momento de ver lucir la llama del cigarro para apuntar, disparando en la certeza de no errar el tiro. Fué medio minuto de tregua; pasado este lapso de tiempo los dos yanquis empezaron á tiros hasta que agotaron las balas de sus Smiths respectivos. Ante aquella descarga cerrada, los dependientes de la fonda y la autoridad misma, echaron abajo la puerta de la habitación y penetraron con luces.

¿Dos cadáveres?... ¡Nada de eso! Los dos enemigos habían tenido la misma idea: dejar sobre la cómoda su cigarro y tumbarse en la cama para disparar. ¡El pobre mueble estaba acribillado!

¿Qué invento la aventura? ¡Oh! ¡Nada de eso! ¡Palabra de honor!

■

En cuanto á gente nuestra, la hermosa artista, es muy poco piadosa. Yo, oyéndola leer, la aconsejé que suprimiese algunos párrafos. Porque si no lo hace, yo le juro á usted, amigo lector, que el escándalo va á ser morrocotudo... Ya lo verá usted.

Félix Recio

El papel de... Era Pura, es decir (sobre esto no me atrevo á hacer afirmaciones); quiero decir que se llamaba así, una niña de diez y nueve abriles, rubia y con unos ojos que le daban escalofríos al que por primera vez se le posaban encima.

Vivia esta niña en un principal amueblado con bastante lujo, gracias al bolsillo de un viejo verde que, á cambio de algunas caricias, la mantenía en el mayor esplendor.

Tenía don Liborio sesenta años cumplidos, solterón, sin más familia que un sobrino á quien estaba pagando la carrera de abogado, la cual se hallaba próximo á concluir, y le quería tan entrañablemente, que le tenía nombrado su heredero.

Por esta razón, Nicanor procuraba no



—No creí que mi hermana fuese tan valiente para defenderse de su novio. En cuanto quiere propasarse, le sacude una bofetada, ¡pero que se la sacude en seguida! Así debe decir él cuando pasa el chubasco «¡Ay nena, qué manos tienes!»

disgustar á su tío, y solía hacerle algunas visitas, pero siempre en la casa de Pura.

El tío, por su parte, tampoco podía pasar sin él; todos los días le esperaba en el café de la Universidad, tomaban café, y

TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Sencillo y elegante traje de mañana para señora casada... que piense divorciarse.

luego el tío se iba con Pura y el sobrino con puro, porque el tío se lo regalaba.

Con las frecuentes visitas que el sobrino hacía á su tío en casa de Pura, fué creciendo su amistad con ella, hasta el punto de llegar á ser diarias y hasta casi precisas.

El viejo se retiraba de allí al dar las once todas las noches; y como Nicanor sabía las costumbres de su tío, escogía esta hora para reemplazarle. Así es que podemos asegurar que, durante la noche, rara vez estaba Pura sin distracción.

Las entrevistas del sobrino no tenían,

por regla general, hora fija, pero siempre se prolongaban hasta la madrugada.

Yo no quiero formar comentarios, pero Nicanor cada día estaba más pálido. Sería, sin duda, efecto de las malas noches, ó vaya usted á saber el motivo; pero el caso era que lo estaba.

A tal punto llegó, que hubo de notarlo el tío, y un día, cuando tío y sobrino se hallaban el uno frente del otro, le preguntó el primero:

—¿Te sientes mal, Nicanor?

—No, tío.

—Te encuentro tan desmejorado...

—Será que ahora no tengo muchas ganas de comer.

Y, temeroso de que el tío le agobiara á preguntas, se despidió de él.

—Pobrecillo—exclamaba el tío—, se da unos atracones de estudiar la carrera, que conseguirá aprenderla toda á fuerza de es-

SE HABLA DE DINERO



Ella.—¡Pues por eso no quiero, porque me figuró que tendrás mucho!



Ella.—¡No, Pepito poco á poco; á la mujer no se la besa acto seguido de pedirle relaciones, hay que esperar lo menos... cinco minutos!

Pura no abusara por miedo á las indigestiones; sonó el silbato, y la locomotora partió.

Don Liborio se volvió para casa con la cabeza baja y pensando en que se quedaba solo.

■

A los ocho días recibió la primera carta, y, entre otras cosas, le decía:

«Nos encontramos muy á gusto. Hace tres días que hemos llegado, y, sin embargo, mi salud ha empezado á fortalecerse. Purita me encarga le diga á usted que, como aquí tiene la pesca á su disposición siempre fresca y algunas veces coléando, lejos de sentarle mal, se siente cada vez mejor. Su sobrino, Nicanor».

Ahora, lector, á tu elección dejo la conclusión del epígrafe de este artículo, porque supongo habrás adivinado el papel que representaba don Liborio.

José Casares.

La Providencia es sabia

Mi amigo Paco, sempiterno célibe y detractor furibundo del matrimonio, me participó ayer que se casa.

—¿Con alguna virgen purísima como el aliento de los ángeles?—le pregunté recordándole maliciosamente una frase que acostumbraba á sacar á colación cada vez que de vírgenes se hablaba.

—No —respondióme:— con una viuda joven y muy bonita. Figúrate cómo será cuando tan radicalmente me he convertido á las doctrinas casamenteras.

Paco hizo un paréntesis, encendió un cigarro y luego prosiguió:

—Escucha cómo fué: La última vez que



Ella.—Por cinco La Corres...

El gordo.—¡Qué más quisiera yo que correrla!

estuve en Oviedo, albeiguéme en casa de un viejo condiscipulo, hombre de edad madura á quien los negocios habian endurecido el espíritu, dándole cierta consistencia inasequible á toda clase de impresiones afectivas.

Le hallé casado con una asturiana deliciosa, blanca, soñadora, que se deslizaba por los pasillos como una visión, sin hacer

ruido y casi sin ocupar sitio. Sus ojos castaños tienen una mansedumbre cariñosa que mueve al amor, á un amor piadoso sin sombra de sensualidad, y su boca entreabierta parece está siempre rezando. Me saludó cariñosamente tendiéndome su diestra tibia y suave y pidió que la tratase con toda confianza.

—Si es usted íntimo amigo de mi esposo, también puede serlo mío —me dijo sonriendo y entornando á la par sus ojos aterciopelados.

Y, en efecto, comencé á tratarla como me había pedido, con una franqueza apacible y bondadosa. De sobremesa, cuando el marido se iba á sus negocios, dábamos rienda suelta á nuestras lenguas y charlábamos como dos buenos amigos que ni se temen ni se desean. Después bajábamos al jardín, dábamos un paseo y al poco rato me despedía de ella para poner á aquella confianza un fin oportuno.

Poco á poco comencé á vislumbrar en el alma de aquella mujer un sedimento triste. No era feliz. El amor correcto de su marido no le satisfacía. Casi diré que la enardecía.

Una noche participóme mi amigo que tenía precisión de ir á Canarias para resolver personalmente varios asuntos de capital importancia, y añadió:

—Te quedarás aquí; serás el guardián de mi mujer, que necesita uno, no como espía, sino como distracción. En otro no confiaría, de tu caballerosidad estoy seguro.

Y acepté el encargo sin vacilar, con un intenso gozo de cuya naturaleza no pude darme cuenta inmediata. En cuanto á Clara, limitóse á bajar la cabeza ante la decisión de su marido. Luego me dió las gracias por haberme encargado de misión tan enojosa, enojosa según ella.

Partió mi amigo y quedamos solos Clara y yo, solos con nuestra fraternidad ama-

ble... Bueno, pues ¿guerrás creer que á los dos días de haberme convertido en guardián de aquella mujer ya estaba enamorado de ella?

—Todas las conversiones son inesperadas —repuse yo.

—El caso es que de la mia serfame difícil darte ningún detalle. Ahora mismo no sé cómo me convertí; lo indudable es que me convertí y que empecé á ver en Clara

UNA INDIRECTA



Zazá.—Mira ésta qué caprichosa. Nosotros en los postres y ella poniéndose ahora á chupar espárragos.

Mimí.—Es que á mí me gusta acabar por donde otras empiezan.

una especie de ideal amoroso, el mismo que mi alma apetecía para emplear las fuerzas voluptuosas de que iba sintiéndose atiborrada.

Pero no me atreví á denunciar el intenso desbarajuste de mi persona, y haciendo de tripas corazón, seguí siendo para Clara el guardián respetuoso, el amigo correcto. La pobrecilla tampoco pareció adivinar el amor que me había inspirado, y continuó departiendo conmigo sin reserva ninguna, contándome intimidades inocentes, eso sí, suspirando mucho.

¿Por qué suspiraba? ¿Se acordaba del seco manantial, es decir, de su marido?... No sé.

Al cabo de quince días de soledad reci-



—Ya sabes que estoy dispuesto á poner mis labios donde tú pisas.

—Ay hombre, no tan abajo.

bimos una tremenda noticia. Mi amigo había fallecido repentinamente... Un aneurisma. Clara lloró durante media hora. Ni á consolarla me atreví al principio. Después, más sereno, le cogí una mano y la supliqué que tuviese resignación. Me miró sonriendo de un modo enloquecedor, y aplico este calificativo á su sonrisa porque enloquecí efectivamente. Aquella realidad en que de pronto se resolvían mis anhelos inspiróme atrevidas ideas y me hizo caer á los pies de Clara, diciéndole á media voz:

—Clara, estoy enamorado de usted y quiero hacerla mi esposa.

Y ella, tendiéndome sus manos, contestóme:

—¡Qué bueno ha sido usted, amigo mío, esperando á que mi viudez lo autorice todo! ¡Qué corazón más grande tiene usted!... Pero, dígame... ¿Y si mi esposo no hubiese muerto?

—Hubiera muerto yo—contesté entusiasmado.

—¡Quién sabe! La Providencia es sabia y hubiera encontrado una solución satisfactoria... para usted y para mí.

Fernando Amado.

La apuesta ¡Toda la tarde de conversación!...

Toda la tarde tiroteándonos con discretos amorosos: yo afinando la puntería y ella huyendo el cuerpo en ocasiones; otras, siendo yo el blanco de sus tiros, disparados arteralmente con esa táctica de la coquetería femenina que sabe siempre tirar la piedra y esconder la mano...

■

No era aquélla la primera tarde que me recibía confidencialmente en su gabinetito de aquel entresuelo de la calle del Príncipe.

Nuestra amistad databa de algunos años: cuando ella comenzó la carrera artística debutó, con una obra del género *chico* que, por casualidad, era mía.

Desde entonces, todas las temporadas acudía yo á su cuarto, estableciéndose entre nosotros una confianza que las gentes



El marido.—¿Qué haces en paños menores con este hombre?

Ella.—Tranquilízate, ha sido por dejarte en buen lugar. Este señor dudaba de la buena calidad de mi ropa interior.

de telón adentro jugaban maliciosamente, á pesar de que yo me esforzaba en desvanecer toda clase de sospechas.

Bien es verdad que no dejaban de halagarme semejantes suposiciones y que quizá esto mismo fuese la determinante de aquella pasión amorosa que, germinando en mí poco á poco, acabó por...

Pero no adelantemos los acontecimientos.



Andrea me había dicho una noche en su cuarto, estando los dos á solas:

—Dentro de un mes es mi beneficio.

—Ya lo sé.

—No se me ocurre qué función hacer, porque todas las obras de la casa son demasiado conocidas, en fuerza de ir más de cien noches en el cartel. Le relevo á usted, desde ahora, del compromiso de regalarme algo esa noche, si me promete usted lo que voy á pedirle.

—Usted dirá.

—Una obra.

—¡Por Dios, Andrea! Fso es un disparo á quemarropa. ¿Y en tan poco tiempo?...

—Una cosa sencilla: algo donde yo pueda lucirme sin necesidad de recurrir á efectos demasiados plásticos. U a obra donde no tenga necesidad de salir... ¡así!

Y diciendo esto, Andrea desplegó la amplia capa que la descubría para enseñarme el traje de baño con que un momento después había de aparecer ante el público, representando una obra (también mía por casualidad!)

Acostumbrado á verla así más de cien noche ya, no por eso dejó de ser encantadora para mí la visión momentánea de su lindo cuerpo: el amplio descote que encuadraba el corpiño de rosa azul, la malla ceñida, de color de rosa, el pie diminuto, encerrado en un zapatito blanco, el pelo suelto, caído en crenchas doradas sobre los hombros, todo aquel conjunto de líneas causó en mí algo como un desvanecimiento voluptuoso.

En realidad, es un peligro grandísimo ver de cerca una tiple sin que medien entre ella y nosotros el mareo de la embocadura y la batería de luces eléctricas, que la hacen aparecer como un ser fantástico y lejos de la realidad...

El hecho fué que no tuve valor para negarme á la petición de Andrea, y dispuestos á cumplirla, empecé mi palabra de

«caballero», porque la de «autor cómico» no sirve para nada.

Indudablemente ella, viendo con agrado mis insinuaciones más ó menos explícitas, me daba, con aquella petición cariñosa, una prueba de simpatía cuyo valor era mucho para un pretendiente.

Todas las noches sucesivas me pregun-

TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Traje de alivio de luto para jamona en primer grado.

taba con avidez por la obra, y no tuve más remedio al fin que decirla:

—Ya se me ha ocurrido; tengo el plan de ella y quisiera que usted lo conociese antes de ponerme á dialogarla; pero no es esta ocasión...

—Vaya usted á casa.

—¿Cuándo?

—Por la tarde; terminados los ensayos le espero á usted.

Y por eso aquella tarde, por sexta ó séptima vez, después de haber discutido sobre la obra, dándole á conocer cuanto llevaba escrito, charlábamos con discretos amorous balanceándonos en las mecedoras y junto á los cristales del balcón, por donde veíamos pasar de prisa los coches y desfilar la muchedumbre por las aceras.

∴

Había oscurecido.
La llama de los faroles de gas alumbraba



Una abonada.—¡Qué hombre! ¡Qué voz tan hermosa tiene!
La otra.—¡A mí me tiene encantada porque m'atiza muy bien!

ba en parte el gabinetito coquetón y aquella media luz me infundió valor.

—¡Por Dios, Andrea! No me obligue usted á una declaración cursi. Usted ha adivinado mi amor y es usted demasiado cruel esquivando la ocasión en que se lo pueda manifestar.

—¡Vamos, estoy viendo que tiene usted ganas de bromas!

—No son bromas; son veras. Y esta tarde es preciso que usted me conteste.

—¡Me coge usted á traición!

—¿Otra evasiva? Se burla usted de mí.

—Comprenda usted que no estoy preparada para una contestación tan categórica.

—¿Que no? Contésteme usted al azar, lo primero que se le ocurra, pero que sea para mí definitivo, y no me haga sufrir en la duda.

—¿Al azar ha dicho usted?

—Sí, señora.

—Entonces, ¡que él se encargue de contestar!

—¿Cómo?

—Muy sencillo. ¿Qué hora es?

—Las seis menos cinco marca el reloj de este gabinete.

—Pues bien: contemos todos los coches que pasen hasta las seis en punto; si son pares no vuelva usted á hablarme más de ese amor tan súbito; y si son nones...

—¿Qué?

—Ya veremos. No dirá usted que no lo dejo al azar. Vaya usted contando.

Y nos pusimos en acecho.

∴

Durante aquellos cinco minutos, Andrea y yo, mirando hacia la calle, íbamos contando los coches desde el momento en que los veíamos aparecer por cualquiera de las esquinas

—Uno... dos...

—Aquí vienen más... tres... cinco... siete... ocho... doce... veinte... veinticinco...

Y mirando alternativamente al reloj y á la calle, mientras Andrea sonreía con tranquilidad, mi inquietud iba en aumento.

—Van á dar las seis—me dijo ella en tono burlón;—faltan apenas unos segundos y llevamos contados treinta; voy ganando, porque son pares.

—¡Uno más!—dije yo con alegría al divisar otro.—¡Treinta y uno!

Y en el momento en que el martillo del reloj golpeaba la campana para dar la hora, asomé por el otro extremo de la ca-



El marido.—¡Infame en esta carta que he encontrado en tu pupitre se habla de un niño!

Ella.—No te precipites hombre, lee bien y verás cómo eso es anterior á nuestro matrimonio.

lle avanzando con toda velocidad, un elegante automóvil.

—¡Treinta y dos! ¡Son pares! ¡He perdido!—exclamé tristemente y con el mayor desaliento.

—¡No, no!—repuso ella con precipitación.—¡No se cuentan los automóviles!

Y ante el balcón pasó rápidamente el vehículo de moda, cuya bocina de aviso sonó en mis oídos como la trompeta del ángel que anunciase mi felicidad...

⚡

Con tan plausible motivo... ¡no pude terminar la obra para el día señalado!

José Moreira.

Lea usted el martes
EN EL LIBRO POPULAR

Tres líneas del "Matin,,

Novela de
ALBERTO INSUA

Las ligas

Hay varias clases de ligas.

El producto viscoso del muérdago que sirve para cazar pájaros, es una liga más ó menos ligamentosa.

Siguen en el nomenclator, la liga femenina que es ó no viscosa, según las circunstancias, y que si no sirve para cazar pájaros, se emplea para la caza del hombre.

Luego pasamos á las ligas corporativas, tales como la liga Agraria, la liga Catalana, la liga de los derechos del Hombre y la liga-dura. Por más que esta última debe entrar en la clasificación de la liga femenina, pues si bien esa liga es flexible, hay ocasiones en que se convierte en dura, aunque dura más ó dura menos, conforme al momento psicológico.

⚡

De todas estas ligas, la que más debe preocuparnos es la femenina.

Si fuese preciso tener que poner á los



Ella.—Ustedes los toreros son muy atrevidos con las mujeres.

El Orquitis II.—Algo hay de eso, pero con una niña de pecho como usted ¿qué va á hacer uno?

lectores en la disyuntiva de decidirse, por ejemplo, entre las ligas antituberculosas y las ligas de las señoras, seguramente que sin vacilar se tirarían á estas últimas. Eso no tiene vuelta de hoja, aunque sea de parra.

Y... es lógico que así ocurra.

La liga contra la pornografía, es antipática, porque vista en su fondo no es otra



—He citado aquí á mi futuro yerno, y como salga airoso de la prueba á que le voy á someter, ¡henhorabuena para mi hija!

cosa que un conglomerado de gentes envidiosas, que profesan aquel principio egoísta de «ya que yo soy tuerto, que los demás se queden ciegos». Su carácter inquisitivo, cominero, delator, es francamente repulsivo.

En cambio, señores, ¿hay algo más grato, más simpática y más atrayente que esa lazada de cinta elástica revestida de coquetones adornos, desde el sencillo pompón á

la preciada joya? Vista en su forma, atrae; pero vista en su fondo, subyuga y emociona.

La Historia está llena de episodios en los cuales las ligas han jugado principalísimo papel, ora para producir perturbaciones políticas é internacionales, ó ya sirviendo de sedante en los más graves conflictos. Ese es su gran mérito, que lo mismo vale para enardecer que para calmar.

Ya en el Paraíso hizo su papel. Sé que me preguntarán ustedes, que cómo podía ocurrir eso cuando, como es natural, no se había aún fabricado, ni las medias ni las ligas para sujetarlas, y yo les contesto á ustedes que están equivocados, porque Eva, que era una mujer muy inteligente, presintió la necesidad de ese atractivo femenino y al promedio de los muslos se hizo unas lazadas con enredaderas y rosas de pitiminí y el pobre Adán fijó sus ojos en el pitiminí de Eva y se enredó entre las enredaderas, y he ahí el origen del Pecado capital. Mucho más capital que Guadalajara, porque ésta es de cuarta clase y aquélla era de primera, pero que de primera. Por lo menos Adán lo dice así en sus memorias.

A éste necesariamente primer caso, siguen otros muchísimos. A través de las épocas y de los siglos se registran multitud de casos, sobre todo en la Edad Media, porque en esa edad es en la que la liga interviene con más frecuencia. Quedamos, pues, en que por mucha fuerza que tengan la liga Africanista, la liga Cervantina, la liga Antituberculosa, la liga Regionalista y la liga Agraria, tiene infinitamente más vigor la liga femenina con broche y lacito.

Sobre todo si *la cito...* y acude, hay liga seguramente.

El Doctor Bombarda

Pepinillos en vinagre

Con eso de Van-des-Goes
llevamos la mar de tiempo
¡riñones con el cuadríto!
¡que están Van-des-Goesdiendo!

■

¿Conque ha comprado una casa
la inconmensurable Chelo?
¡¡El conejo que ahora rife
sí es que conejo casero!!

Letamendi.

CONCURSO PARA PROVINCIAS

Como anunciamos hace algunas semanas, vamos á celebrar un Concurso para provincias, en que el agraciado tendrá derecho á billete de ida y vuelta en segunda clase, desde la estación del ferrocarril más próxima al punto en que resida, dentro de España, á Madrid; habitación pagada en el Palace Hotel, durante cinco días; un tendido de sombra para una de las corridas de toros que se celebren durante las fiestas.

Si el agraciado residiera en alguna de nuestras posesiones de Africa ó islas españolas, se le pagará el billete desde el punto en que desembarque. Si el agraciado no quisiera utilizar el billete, en cambio, se le pagará también la comida durante cinco días en el Palace Hotel.

Publicamos hoy el primer cupón, cuya serie constará de tres, y en números sucesivos indicaremos la forma en que se han de hacer el canje y sorteo.

Concurso de las fiestas de San Isidro

CUPÓN NÚMERO

I

La serie de TRES cupones podrá ser canjeada por un número para el sorteo.

En breve el Concurso DE LAS PANTORRILLAS

Se publicará en breve

BELMONTE

EL TORERO DEL DIA

(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ-HIDALGO

Con ilustraciones y portada á tres tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS

EL DOMINGO 27 DE ABRIL, APARECERA EL PRIMER NUMERO DE

Crónica del Crimen

PUBLICACION GRAFICA

16 grandes páginas

5 céntimos

¡¡IMPRESORES!!

Máquina plana, para papel 70 por 100, que tire á la vez dos tintas, se desea adquirir.

Proposiciones por escrito,
al Director de EL LIBRO
POPULAR, Madrid. • •